

en su vida que se había ocupado de ella. La solterona le observaba, pues, con todos sus ojos y con todo su entendimiento, y, á fuerza de entregarse á esperanzas tan pronto florecientes como destruídas, le había dado á sus amores una importancia que sentía los efectos de un espejismo moral. Tanto y tanto miraba, que muchas veces acababa por no ver nada. Silvia rechazaba y admitía sucesivamente la hipótesis de aquella rivalidad quimérica. Hacía comparaciones entre ella y Petrilla: ella tenía cuarenta años y cabellos grises, mientras que Petrilla era una niña deliciosa con unos ojos capaces de reanimar á un corazón muerto. Silvia había oído decir más de una vez que los hombres de cincuenta años gustan de las jovencitas semejantes á Petrilla. Antes de que el coronel frecuentase la casa de los Rogrón, la solterona había oído en casa de los Tiphaine cosas muy raras acerca de Gouraud y de sus costumbres. Las viejas célibes sienten simpatía por las ideas platónicas exageradas que profesan las jóvenes de veinte años, y, como todos los que no han experimentado la vida y han comprobado lo mucho que las fuerzas mayores sociales modifican, destruyen y anulan esas ideas nobles y hermosas, conservaba doctrinas absolutas. Para Silvia, ser engañada por aquel coronel, era un pensamiento que le laceraba el corazón. Durante ese tiempo que todo célibe ocioso pasa en la cama entre el despertar y el levantarse, la solterona se había ocupado de sí, de Petrilla y de la romanza que la había despertado con la palabra matrimonio. Como estúpida que era, en lugar de mirar al enamorado á través de las persianas, había abierto la ventana sin pensar en que Petrilla la oiría. Si hubiera tenido siquiera el talento vulgar del espía, habría visto á Brigaut, y el drama vulgar comenzado entonces no hubiera tenido lugar.

Petrilla, á pesar de su debilidad, quitó los troncos de madera que sujetaban las ventanas de la cocina, y después de abrirlas hizo lo propio con la puerta del corredor que daba al jardín. Después tomó las diferentes escobas necesarias para barrer las alfombras, el corredor, las escaleras,

en una palabra, para limpiarlo todo, con un cuidado y una exactitud que ninguna criada pondría en su obra, aunque fuese holandesa: ¡odiaba tanto las reprensiones la pobre niña! Para ella, la dicha consistía en ver los ojillos azules, pálidos y fríos de su prima, no ya satisfechos, que eso no lo parecían nunca, sino tranquilos solamente, después que había dirigido á todas partes su mirada de propietaria, esa mirada inexplicable que ve lo que se escapa á los ojos más observadores. Petrilla sudaba ya de cansancio cuando volvió á la cocina á ponerlo todo en orden, á encender los hornillos á fin de poder hacer fuego en los cuartos de su primo y de su prima y llevarles agua caliente para lavarse. Después puso la mesa para el almuerzo y encendió la estufa de la sala. Para estos diferentes servicios iba á veces á la bodega á buscar leña y pasaba de un lugar fresco á un lugar caliente y viceversa. Estas transiciones repentinas, hechas con la precipitación de una niña, á fin de evitar á veces una riña, tenían que agravar irremediamente el estado de su salud. Petrilla no sabía que estaba enferma. Sin embargo, empezaba á sufrir, sentía caprichos extraños que ocultaba, y comía á veces ensaladas crudas que devoraba en secreto. La inocente niña ignoraba por completo que su situación constituía una enfermedad grave que exigía los mayores cuidados. Antes de la llegada de Brigaut, si aquel Neraud, que podía reprocharse la muerte de la abuela, hubiese revelado este peligro mortal á la nieta, Petrilla hubiera sonreído: encontraba demasiado amarga la vida para no sonreír á la muerte. Pero hacía algunos instantes que ella, que unía á sus sufrimientos corporales los sufrimientos de la nostalgia bretona, enfermedad moral tan conocida que los coroneles tienen que tomar medidas para evitarla en los bretones que tienen en sus regimientos, ella, repito, amaba Provens. La vista de aquella flor de oro, aquel canto y la presencia de su amigo de la infancia la habían reanimado, como se reanima y reverdece una planta cuando, tras larga sequía, recibe los beneficios de una fresca lluvia. Petrilla quería vivir y creía no haber sufrido. La huérfana

penetró tímidamente en la habitación de su prima, hizo fuego, dejó allí el perol de agua caliente, cambió con ella algunas palabras, fué á despertar á su tutor, y bajó á buscar la leche, el pan y las demás provisiones que solían llevar á domicilio. Durante algunos instantes permaneció en el umbral de la puerta esperando que Brigaut tendria el buen sentido de volver; pero el obrero estaba ya en la carretera de París. Petrilla había arreglado ya la sala y estaba ocupada en la cocina, cuando oyó que su prima bajaba la escalera. La señorita Silvia Rogrón apareció vestida con su bata de casa de tafetán color carmelita, con un gorro de tul en la cabeza, una almilla debajo de la bata y los pies en las zapatillas de casa, y acto continuo pasó revista á todo y fué á buscar á su prima, que la esperaba para que le dijese lo que había de poner para almorzar.

—¡Ah! ¿ya está usted aquí, señorita enamorada?—dijo Silvia á Petrilla, con un tono medio alegre y medio burlón.

—¿Qué desea usted, prima mía?

—Ha entrado usted en mi cuarto como una zorra y ha salido lo mismo, sin embargo de que debía saber que tenía que hablarle.

—¿A mí?

—Usted ha tenido esta mañana una serenata, como si fuese una princesa.

—¿Una serenata?—exclamó Petrilla.

—¿Una serenata?—repuso Silvia imitándola.—Y tiene usted un amante.

—Prima mía, ¿qué es un amante?

Silvia evitó la respuesta, y le dijo:

—Señorita, ¿se atreverá usted á negar que esta mañana ha estado un hombre debajo de su ventana hablándole de casamiento?

La persecución había enseñado á Petrilla las astucias necesarias á los esclavos, y, en su consecuencia, le contestó atrevidamente:

—No sé lo que quiere usted decirme...

—¡Carambal! ¿de veras?—dijo con acritud la solterona.

—Prima mía...—repuso humildemente Petrilla.

—¿Tampoco es verdad que se ha levantado usted y que ha salido descalza á la ventana?... lo cual puede valerle una enfermedad de la que sólo usted será culpable. ¿Tampoco es verdad que le dirigió usted la palabra á su enamorado?

—Tampoco, prima mía.

—Ya sabía que tenía usted muchos defectos, pero ignoraba que fuese embustera. Piénselo bien, señorita, tiene usted que explicarnos á su primo y á mí la escena de esta mañana, ó de lo contrario, su tutor habrá de tomar con usted rigurosas medidas.

La solterona, devorada por los celos y la curiosidad, apelaba á la intimidación. Petrilla guardó silencio obrando como la gentes que sufren más de lo que les permiten sus fuerzas. Para los seres oprimidos y atacados, este silencio es el único medio de triunfar: él anula los cargos de los envidiosos y las salvajes escaramuzas de los enemigos, concediendo la victoria más completa. ¿Qué cosa es más completa que el silencio? Es absoluto. ¿No es este uno de los modos de ser de lo infinito? Silvia examinó á Petrilla á hurtadillas. La niña se ruborizaba; pero su rubor, en lugar de ser general, se manifestaba por placas desiguales en las mejillas y ardientes manchas de significativo tono. Al ver estos síntomas de enfermedad, una madre hubiese cambiado en seguida de actitud, hubiera tomado á su hija en el regazo, la hubiera interrogado, habría adquirido ya mil pruebas de la sublime y completa inocencia de Petrilla y habría adivinado su enfermedad y comprendido que los humores y la sangre, desviados de su rumbo, se agolpaban á los pulmones después de haber turbado las funciones digestivas. Aquellas manchas elocuentes le hubiesen hecho ver la inminencia de un peligro mortal; pero una solterona que no había sentido nunca cariño de familia y que desconocía las necesidades de la infancia y las precauciones que exige la adolescencia, no podía tener la indulgencia y la consideración que inspiran ciertos hechos de la vida conyugal. Los sufrimientos de la

miseria, en lugar de enternecerle el corazón, se lo habían encallecido.

—Cuando se pone encarnada, es que se siente culpable —se dijo Silvia para sus adentros.

El silencio de Petrilla fué, pues, mal interpretado.

—Petrilla—le dijo,—antes de que su primo baje, vamos á hablar. Venga usted—añadió con tono menos duro.—Cierre la puerta de la calle. Si viene alguien ya llamará y lo oiremos.

No obstante la húmeda niebla que se elevaba sobre el río, Silvia llevó á Petrilla por el camino enarenado que serpentea á través de los céspedes hasta el borde de la terraza que forma una especie de pintoresco muelle plagado de plantas acuáticas. La vieja prima cambió de sistema é intentó sonsacar á Petrilla empleando la dulzura. La hiena iba á convertirse en gata.

—Petrilla—le dijo,—ya no es usted una niña, pronto va á cumplir quince años, y no tendría nada de particular que tuviese novio.

—Pero, prima—dijo Petrilla fijando sus ojos llenos de angelical dulzura en el duro y frío rostro de su prima,—¿qué es un novio?

Silvia no pudo definir á la pupila de su hermano con precisión y decencia lo que era un novio, y en lugar de ver en aquella pregunta la adorable inocencia que encerraba, no vió más que hipocresía y falsedad.

—Petrilla, un novio, un amante, es un hombre que quiere y que desea casarse con una.

—¡Ah!—dijo Petrilla—en Bretaña, cuando dos jóvenes se hallan de acuerdo, al hombre se le llama prometido.

—Pues bien, piense usted que no hay mal alguno en confesar su cariño por un hombre, hijita mía. El mal está en el secreto. ¿Ha agradado usted por casualidad á alguno de los hombres que vienen aquí?

—No lo creo.

—Y ¿no ama usted á ninguno?

—A ninguno.

—¿De veras?

—De veras.

—Míreme usted, Petrilla.

Petrilla miró á su prima.

—¿No le ha llamado á usted un hombre esta mañana desde la plaza?

Petrilla bajó los ojos.

—¿No salió usted á la ventana, la abrió y habló con él?

—No, prima mía. He querido saber si hacía buen tiempo, y he visto en la plaza á un aldeano.

—Petrilla, desde que ha hecho usted su primera comunión, ha ganado mucho, pues es obediente y piadosa y ama á sus parientes y á Dios. Estoy contenta de usted, y no se lo decía por no darle alas.

Aquella horrible mujer tomaba por virtudes el abatimiento, la sumisión y el silencio de la miseria. Una de las cosas más gratas capaz de consolar á los que sufren, á los mártires y á los artistas en el apogeo de la pasión divina que les comunican la envidia y el odio, es encontrar elogios donde vieron siempre censura y mala fe. Petrilla fijó, pues, en su prima sus cariñosos ojos y se sintió inclinada á perdonarle todos los dolores que le había causado.

—Pero si todo esto no fuese más que hipocresía, si yo hubiese de ver en usted una serpiente á la que habría dado vida calentándola en mi seno, sería usted una horrible é infame criatura.

—No creo tener que hacerme reproche alguno—dijo Petrilla experimentando una horrible contracción en el corazón por el tránsito repentino de aquella alabanza inesperada al acento terrible de la hiena.

—¿Sabe usted que la mentira es un pecado mortal?

—Sí, prima mía.

—Pues bien, ¡está usted ante Dios!—le dijo la solterona mostrándole con gesto solemne el cielo y los jardines.—¡Júreme que no conocía usted á ese aldeano!

—Yo no juro—dijo Petrilla.

—¡Ah! ¡viborilla! ¡no era un aldeano!

Petrilla corrió como una corza asustada á través del

jardín, aterrada ante aquel interrogatorio. Su prima la llamó con voz terrible.

—Es que llaman—respondió la joven.

—¡Ah, hipocritona!—se dijo Silvia.—¡Es una mala gata, una culebra, y ahora estoy segura de que camela al coronel Claro, como nos ha oído decir que era barón... ¡Ser baronesa!... ¡estúpida! ¡Oh! me desembarazaré de ella poniéndola de aprendiz en cualquier parte, y se acabó.

Silvia estaba tan sumida en sus pensamientos, que no vió á su hermano bajando por el paseo enarenado y contemplando los desastres producidos en sus dalias por la helada.

—¡Hola, Silvia! ¿en qué estás pensando ahí? Cref que mirabas los peces; á veces hay algunos que saltan fuera del agua.

—No,—contestó Silvia.

—¿Y cómo has dormido? Yo...—y se puso á contar su sueño de la noche.—¿No me encuentras la piel más ajada?

Desde que Rogrón amaba, pero no, no profanemos esta palabra, desde que deseaba á la señorita de Chargebœuf, se preocupaba mucho de su porte y de su persona. Petrilla bajó en aquel momento la escalinata exterior y anunció de lejos que el almuerzo estaba puesto. Al ver á su prima, la cara de Silvia se llenó de placas verdes y amarillas; toda su bilis se puso en movimiento. Al volver á casa examinó el corredor y advirtió á Petrilla que había que fregarlo.

—Ya lo fregaré si usted quiere—respondió aquel ángel, ignorando el peligro á que se expone una joven con este trabajo.

El comedor estaba irreprochablemente arreglado. Silvia se sentó, y durante todo el almuerzo afectó necesitar cosas en las que ni siquiera hubiera pensado si estuviera tranquila, y que en aquel entonces pidió para hacer levantar á Petrilla, escogiendo el momento en que la pobre niña se ponía á comer. Pero aquella ruda molestia no la satisfacía, y buscaba un pretexto para refír, encolerizándose interiormente al ver que no lo encontraba. Si hubiera habido para

almorzar huevos pasados por agua, hubiera podido quejarse, indudablemente, de la cocción del suyo; pero no hallando pretexto alguno, lo buscaba con ahinco y respondía apenas á las preguntas de su hermano, sin embargo de que sólo le miraba á él. Sus ojos evitaban la presencia de Petrilla. La pobre niña, que era eminentemente sensible á aquella actitud, trajo el café de sus primos en un gran cubilete de plata donde acostumbraba á calentar al baño de maría la leche mezclada con crema. Los dos hermanos se mezclaban ellos mismos la leche y el café hecho por Silvia, en dosis conveniente. Cuando Silvia se hubo preparado minuciosamente su almuerzo, vió un ligero granito de café, y cogiéndolo con afectación, lo miró y se inclinó después para verlo mejor. Entonces estalló la tormenta.

—¿Qué te pasa?—le preguntó Rogrón.

—Tengo que esa señorita ha echado ceniza en mi café. ¡Qué agradable es tomar café con ceniza! Pero, claro, la cosa es natural: no se puede estar en dos partes distintas á la vez. ¡Bastante habrá pensado ella en el café! Esta mañana estoy segura que no hubiera visto volar un mirlo en la cocina. ¿Cómo había de ver volar la ceniza? Además, ¡el café de su prima! ¡Ah! jeso es lo de menos!

Y al mismo tiempo que hablaba en este tono ponía en el borde del plato el grano de café pasado á través del filtro y algunos trozos de azúcar que no se disolvían.

—Pero, prima, ¡si es café!—dijo Petrilla.

—¡Ah! vamos, sí; ¡conque soy yo la que miento!—gritó Silvia mirando á Petrilla y aterrorizándola con la cólera que despedían sus ojos.

Las naturalezas que no han sido estragadas por la pasión disponen de una gran abundancia de fluido vital. El fenómeno del excesivo brillo de los ojos en los momentos de cólera se verificaba tanto mejor en los de la señorita Rogrón, cuanto que ésta, en su tienda, había tenido antaño frecuentes ocasiones de emplear el poder de su mirada abriendo desmesuradamente los ojos, á fin de inspirar á sus inferiores un saludable terror.

—Le aconsejo á usted que no me desmienta, merecien-

do, como merece, salir de la mesa é ir á comer sola á la cocina—añadió Silvia.

—Pero ¿qué os pasa hoy, que estáis como el perro y el gato?—preguntó Rogrón.

—Ya sabe esta señorita lo que me pasa, y le dejo tiempo para que tome una decisión antes de obligarme á hablar en la inteligencia de que me portaré con ella mejor de lo que se merece.

Petrilla miraba la plaza á través de los cristales con objeto de evitar las miradas de su prima, que le causaban espanto.

—Mira, me hace el mismo caso que si hablase con el azucarero. Y sin embargo, tiene el oído fino y sabe hablar y responder desde lo más alto de una casa á alguien que se encuentra en la acera... Mira, posee tu pupila una malicia sin nombre y no debes esperar nada bueno de ella ¿oyes, Rogrón?

—Pero ¿qué cosa grave ha hecho?

—A su edad es empezar demasiado pronto—exclamó furiosa la solterona.

Petrilla no sabía qué postura tomar, y, á fin de salir de aquella situación, se levantó para quitar el servicio de la mesa. Aunque aquel lenguaje no fuese nuevo para ella, nunca había podido acostumbrarse á él. La cólera de su prima le hacía creer en algún crimen, y se preguntaba cuál no sería su furor si llegaba á saber la escapada de Brigaut. Tuvo á la vez los mil pensamientos de una esclava, y resolvió guardar un silencio absoluto acerca de un hecho en el que su conciencia no le señalaba nada malo. La pobre huérfana tuvo que oír palabras tan duras y tan ásperas é hipótesis tan ofensivas, que, al entrar en la cocina, sufrió una contracción de estómago acompañada de espantoso vómito; pero como no estaba segura de ser atendida en aquel momento, no se atrevió á quejarse, volvió al comedor lívida, dijo que no se encontraba bien y subió á acostarse, cogiéndose de escalón en escalón á la barandilla, y creyendo llegada la hora de su muerte.

—¡Pobre Brigaut!—se decía,

—Está enferma—dijo Rogrón.

—¡Enferma! Son rabietas—respondió Silvia en voz alta á fin de que pudiese oírla.—Anda, anda, no estaba enferma esta mañana, no.

Este último golpe aterró á Petrilla, que se acostó llorando y pidiendo á Dios que la sacase de este mundo.

Hacia ya un mes próximamente que Rogrón no tenía que llevar *El Constitucional* á casa de Gouraud; el coronel iba obsequiosamente él mismo á buscar el periódico y á charlar, y acompañaba á Rogrón en su paseo cuando hacía buen tiempo. Segura de ver al coronel y de poder interrogarle, Silvia se vistió coquetamente. La solterona creía estar muy linda poniéndose una bata verde, un chal de cachemira amarillo con ribetes rojos y un sombrero blanco con plumas grises. Hacia la hora en que el coronel debía llegar, Silvia se estacionó en el salón con su hermano, al cual obligó á permanecer en zapatillas y en bata de casa.

—Hace un tiempo hermoso, coronel—dijo Rogrón al oír el pesado paso de Gouraud;—pero no me he vestido porque mi hermana quería salir, y me ha hecho guardar la casa; espéreme usted.

Rogrón dejó á Silvia sola con el coronel.

—¿Adónde va usted para ir compuesta como una divinidad?—preguntó Gouraud, que notaba ya una cierta seriedad en el ajado rostro de la solterona.

—Iba á salir; pero como la pequeña no está buena, me quedo.

—Pues ¿qué tiene?

—No lo sé; ha dicho que quería ir á acostarse.

La prudencia, por no decir la desconfianza de Gouraud, estaba incesantemente alerta á causa de su alianza con Vinet. La mejor parte era, indudablemente, la del abogado. Éste redactaba el periódico, mandaba en él como amo y aplicaba los ingresos á su redacción, mientras que el coronel, el editor responsable, sacaba escasos beneficios. Vinet y Cournant habían hecho enormes favores á los Rogrón, y el coronel retirado no podía hacer nada por

ellos. ¿Quién sería diputado? Vinet. ¿Quién era el gran elector? Vinet. ¿A quién se consultaba? A Vinet. Además de todo esto, el coronel conocía, por lo menos tan bien como Vinet, la importancia de la pasión inspirada á Rogrón por la hermosa Matilde de Chargebœuf. Como todas las pasiones últimas de los hombres, aquella era cada vez más insensata. La voz de Matilde hacía estremecer al célibe. Absorbido por sus deseos, Rogrón los ocultaba, pues no se atrevía á esperar semejante alianza. Para sondar al mercero, el coronel juzgó bueno decirle que iba á pedir la mano de Matilde, y Rogrón había palidecido ante un rival tan temible, y se mostraba frío y casi displicente con Gouraud. Vinet reinaba, pues, por todos conceptos en aquella casa; mientras que el coronel sólo estaba unido á ella por los lazos hipotéticos de un afecto engañoso por su parte y que Silvia no le había declarado aún. Cuando el abogado le reveló la maniobra del sacerdote, aconsejándole que rompiese con Silvia y que fijase sus ojos en Petrilla, Vinet dió por el gusto á Gouraud; pero analizando el verdadero objeto de aquel consejo y examinando bien el terreno en torno suyo, el coronel creyó ver en su aliado la esperanza de malquistarle con Silvia y de aprovecharse del miedo de la solterona para hacer llegar toda la fortuna de los Rogrón á manos de la señorita de Chargebœuf; de suerte que cuando Rogrón le dejó solo con Silvia, la perspicacia del coronel le hizo ver, por ligeros indicios, el pensamiento inquieto de Silvia y el plan formado de encontrarse sola con él por un momento. El coronel, que tenía ya grandes sospechas de que Vinet le hacía traición, atribuyó aquella conferencia á alguna secreta insinuación de aquel mono judicial, y se puso en guardia, como cuando reconocía el campo enemigo, con el ojo avizor, el oído atento al menor ruido, el alma despierta y la mano sobre las armas. El coronel tenía el defecto de no creer nunca una sola palabra de lo que le decían las mujeres, y cuando la solterana sacó á relucir á Petrilla y le dijo que se había acostado al mediodía, creyó que Silvia la tendría acaso castigada en su cuarto por celos.

—Se va haciendo muy bonita esa pequeña—dijo el militar con aire indiferente.

—Sí, será muy bonita—respondió Silvia.

—Ahora debía usted enviarla á París á algún taller—añadió el coronel.—Allí haría seguramente fortuna, porque hoy las modistas quieren dependientas guapas.

—¿De veras es esa su opinión?—preguntó Silvia con voz turbada.

—Bueno, ya caigo—pensó el coronel para sus adentros.—Vinet le habrá aconsejado que nos case á Petrilla y á mí para perderme en el concepto de esta vieja bruja...—Pero ¿qué quiere usted hacer de ella?—dijo en voz alta.—¿No ve usted á una joven de incomparable belleza, á Matilde de Chargebœuf, noble, elegante y distinguida, reducida á vestir santos? Nadie la quiere; conquese Petrilla, que no tiene nada, no se casará nunca. ¿Cree usted que la juventud y la belleza pueden ser algo para mí, por ejemplo, que, siendo capitán de caballería en la guardia imperial desde que el emperador formó su guardia, he recorrido todas las capitales y conocido á las mujeres más bonitas del mundo? La juventud y la belleza son hoy cosas tontas. No me hable usted de ellas. A los cuarenta y ocho años—añadió aumentándose la edad,—cuando se ha sufrido la derrota de Moscou y se ha hecho la campaña de Francia, se tienen ya los huesos un poco duros; yo soy ya un viejo. Una mujer como usted me cuidaría, me mimaría, y su fortuna, unida á mis pobres mil escudos de retiro, me proporcionaría un bienestar conveniente para mi ancianidad, y la preferiría á usted mil veces, á una presumida que me causaría muchos disgustos y que tuviera treinta años y pasiones, cuando yo tendría sesenta y reumatismos. A mi edad se calcula. Mire usted, aquí para *inter nos*, sepa que si yo llegase á casarme no me gustaría tener hijos.

El rostro de Silvia se iluminó para el coronel durante este largo párrafo, y su exclamación acabó de convencer al militar de la perfidia de Vinet.

—¿De modo que no ama usted á Petrilla?

—Vamos, ¿está usted loca, Silvia querida?—exclamó el

coronel.—¿Quién intenta romper nueces con los dientes cuando carece de ellos? A Dios gracias, estoy en mi sano juicio y me conozco.

Entonces Silvia no quiso ponerse en juego, y se creyó muy lince sacando á relucir á su hermano.

—Mi hermano tenía la idea de casarles á ustedes.

—Su hermano no puede tener ideas tan extravagantes. Para arrancarle el secreto, le dije hace algunos días que amaba á Matilde, y se puso pálido como la cera.

—¿Ama á Matilde?—dijo Silvia.

—Locamente. Por cierto que Matilde no quiere más que su dinero... (¡Toma, Vinet! pensó el coronel.) ¿Cómo había de hablar, pues, de Petrilla? No, Silvia—dijo Gouraud tomándole la mano y estrechándosela de cierta manera,—puesto que ha traído usted las cosas á este terreno... (Se aproximó á Silvia.) Sepa.... (Le besó la mano. Era coronel de caballería y había dado grandes pruebas de valor) sepa usted que yo no quiero otra mujer que usted. Aunque este matrimonio parezca ser un matrimonio de conveniencias, por mi parte le juro que siento gran afecto por usted.

—No; era yo la que quería casarle con Petrilla. Y si yo le diese mi fortuna... ¿eh, coronel?

—No, no, yo no quiero ser desgraciado en mi casa y ver dentro de diez años que un joven chisgarabís como Julliard merodea en torno de mi mujer y le dirige versos en un periódico. En este punto mi dignidad de hombre no transige. Yo no haré nunca un matrimonio desproporcionado en edad.

—Pues bien, coronel, ya hablaremos de eso seriamente—dijo Silvia dirigiéndole una mirada que ella creía llena de amor y que parecía, en realidad, la mirada de un ogro.

Asimismo, sus labios fríos y violáceos dejaron al descubierto sus amarillos dientes, y ella creía sonreír.

—Ya estoy aquí—dijo Rogrón llamando al coronel, quien saludó cortésmente á la solterona.

Gouraud resolvió apresurar su matrimonio con Silvia y llegar de este modo á ser el dueño de la casa, prometiéndole

dose desembarazarse de Matilde y de Celesta Habert, mediante la influencia que adquiriría sobre Silvia durante la luna de miel. A este efecto, mientras que se paseaba con Rogrón, le dijo que el otro día le había gastado una broma, que no tenía pretensión alguna á la mano de Matilde y que no era bastante rico para casarse con una mujer sin dote. Después le confió su proyecto: él había escogido á su hermana hacía ya tiempo á causa de sus buenas cualidades, y sólo aspiraba al honor de ser cuñado suyo.

—¡Ah, coronel! ¡ah, barón! si no hace falta más que mi consentimiento, la boda se hará tan pronto como lo permita la ley—exclamó Rogrón, feliz al verse desembarazado de aquel terrible rival.

Silvia pasó toda la mañana en su cuarto mirando si había sitio para un matrimonio, y resolvió construir para su hermano un segundo piso y arreglar convenientemente el primero para ella y para su marido; pero, siguiendo sus naturales caprichos de célibe, antes de decidirse se prometió también someter al coronel á algunas pruebas para juzgar su corazón y sus costumbres, pues conservaba sus dudas y quería estar segura de que Petrilla no tenía relación alguna con el coronel.

Petrilla bajó á la hora de comer para poner la mesa. Silvia había tenido que hacer la comida y se había manchado la bata, lo cual había sido causa de que exclamase más de una vez: «¡Maldita Petrilla!» pues era evidente que si ésta hubiese hecho la comida, Silvia no tendría aquella mancha de grasa en su bata de seda.

—¿Ya está aquí la damisela? Es usted como el perro del herrero, que duerme debajo de la fragua y se despierta al ruido de las cacerolas. ¡Ah! ¡quiere usted que la crean enferma, embusteraza!

La idea: «No ha confesado usted la verdad de lo que ha pasado esta mañana en la plaza, y, por lo tanto, miente en cuanto dice», fué como un martillo con el que Silvia iba á herir sin piedad el corazón y la cabeza de Petrilla.

Con gran asombro de ésta, después de comer, su prima

la envió á vestirse para la velada. La imaginación más activa está muy por debajo de la actividad que presta la sospecha á la inteligencia de una solterona. En este caso, la solterona dejó atrás á políticos, procuradores, notarios, banqueros y avaros. Después de haberlo examinado todo en torno de ella, Silvia se propuso consultar á Vinet, y quiso tener á Petrilla á su lado á fin de saber por la actitud de la pequeña si el coronel había dicho la verdad. Las señoras de Chargebœuf fueron las primeras en llegar. Siguiendo los consejos de su primo Vinet, Matilde había redoblado su elegancia, y llevaba una deliciosa bata azul de terciopelo de algodón, su pañoleta clara, sus magníficos pendientes de oro, su astuta crucecita, zapatos de satén negro, medias de seda gris y guantes de Suecia, y, además, aires de reina y coqueterías capaces de pescar á todos los Rogrón del río. La madre, grave y digna, conservaba, como su hija, una cierta impertinencia aristocrática con la que aquellas dos mujeres salían airoosas en todo y de notaban el espíritu de su casta. Matilde estaba dotada de un talento y gracias superiores, que sólo Vinet supo adivinar á los dos meses de vivir en su compañía. Cuando el abogado hubo medido la profundidad de aquella muchacha, despechada por la inutilidad de su juventud y de su belleza é iluminada por el desprecio que le inspiraban los hombres de una época en que el dinero era su único ídolo, Vinet, sorprendido, exclamó:

—Matilde, si yo me hubiese casado con usted, estaría hoy en vísperas de ser ministro de Justicia, me llamaría Vinet de Chargebœuf y ocuparía la derecha.

En su deseo de casarse, Matilde no alimentaba ninguna idea vulgar: no se casaba para ser madre, no se casaba para tener un marido, sino que lo hacía para ser libre, para tener un editor responsable, para llamarse señora y obrar como obran los hombres. Rogrón no era para ella más que un nombre, un imbécil, del cual pensaba hacer algo, un diputado, por ejemplo, que ella manejaría á su gusto, pues tenía que vengarse de su familia, que la había despreciado por ser pobre. Vinet había ensanchado

y fortificado mucho sus ideas, admirándolas y aprobándolas.

—Querida prima—le decía explicándole la influencia que tenían las mujeres y mostrándole la esfera de acción que le era propia,—¿cree usted que Tiphaine, que es una medianía, llega por sí solo al tribunal de primera instancia de París? ¡Cal es la señora Tiphaine la que lo nombra diputado y la que lo empuja á París. Su madre, la señora Roguin, es una gata astuta que hace lo que quiere del banquero Tillet, uno de los compadres de Nucingen, emparentados ambos con los Keller, y estas tres casas hacen favores al gobierno ó á sus hombres más fieles; con lo cual estos cancerberos de la banca conocen á todo París y hacen lo que quieren en las oficinas del Estado. No hay ninguna razón para que Tiphaine, con este apoyo, no llegue á ser presidente de alguna audiencia real. Cásese usted con Rogrón, y lo haremos diputado por Provins, cuando yo haya conquistado para mí otro colegio de Seine-et-Marne. Después, obtendremos para él una recaudación general, uno de esos cargos en que no tenga más que firmar, y estaremos en la oposición, si triunfa; pero si los Borbones se quedan, ¡ahl ¡con cuánto disimulo nos inclinaremos hacia el centro! Por otra parte, Rogrón no vivirá eternamente, y usted podrá casarse luego con algún hombre con título. En fin, adquiera usted una buena posición, y ya verá como los Chargebœuf nos siguen. Su miseria, lo mismo que la mía, le dará, sin duda, una idea de lo que valen los hombres: es preciso servirse de ellos como se sirven las empresas de los caballos de la diligencia. Un hombre ó una mujer sólo sirve para llevarnos de tal á cual sitio.

Vinet, que había hecho de Matilde una pequeña Catalina de Médicis, dejaba á su mujer en casa con sus dos hijos, y acompañaba siempre á la señora de Chargebœuf á casa de los Rogrón. El abogado alcanzó toda su gloria de tribuno campestre, y á la sazón usaba bonitos lentes de oro, chaleco de seda, corbata blanca, pantalón negro, botas finas, levita negra hecha en París, y reloj y cadena de

oro. En lugar del antiguo Vinet, pálido y delgado, arisco y sombrío, veíase en él al hombre político, y marchaba sobre su fortuna con la seguridad propia del letrado que conoce las cavernas del derecho. Su astuta cabecita tan bien peinada y su barba tan perfectamente afeitada le daban un aire tan distinguido, aunque frío, que parecía agradable á la manera de Robespierre. No había duda alguna que este hombre podía llegar á ser un magnífico fiscal general de elocuencia elástica, peligrosa y mortífera. Lo ó un orador de una malicia á lo Benjamín Constant. La acritud y el odio que le animaban poco antes se habían tornado en pérvida dulzura. El veneno se había cambiado en medicina.

—Buenas noches, querida mía, ¿cómo está usted?—dijo la señora de Chargeboeuf á Silvia.

Matilde se fué derecha á la chimenea, se quitó el sombrero, se miró al espejo y puso su bonito pie sobre la barra del cenicero para enseñárselo á Rogrón.

—¿Qué le pasa á usted, caballero?—le dijo mirándole.
—¿No me saluda? Vaya, veo que para usted tendrá que ponerse una vestidos de terciopelo...

Matilde invitó á Petrilla á que fuese á colocar sobre un sofá su sombrero, prenda que la pobre muchacha le tomó de las manos y que aquélla le dejó tomar como si la bretona fuese una camarera. Los hombres y los tigres tienen fama de ser muy feroces; pero ni los tigres, ni las víboras, ni los diplomáticos, ni los magistrados, ni los verdugos, ni los reyes pueden compararse, en sus grandes atrocidades, con las grandes crueldades, dulzuras envenenadas y desprecios salvajes de las señoritas entre sí, cuando las unas se creen superiores á las otras en nacimiento, en fortuna y en gracia, y cuando se trata de casorios y de preferencias, en una palabra, de las mil rivalidades de mujer. El: «Gracias, señorita» que Matilde dijo á Petrilla era un poema en doce cantos.

¡Ella se llamaba Matilde, y la otra Petrilla! ¡Ella era una Chargeboeuf, y la otra una Lorrain! ¡Petrilla era pequeña y enfermiza, y Matilde era alta y llena de vida! ¡Petrilla

vivía de caridad, y Matilde y su madre gozaban de independencia! ¡Petrilla llevaba un traje de algodón, y Matilde hacía ondular el terciopelo azul del suyo! ¡Matilde tenía los hombros más hermosos del departamento y brazos de reina, y Petrilla tenía omóplatos y brazos delgados! ¡Petrilla era Cendrillon, y Matilde era el hada! ¡Matilde iba á casarse, y Petrilla iba á morir soltera! ¡Matilde era adorada, y Petrilla no era amada por nadie! ¡Matilde tenía un pelo encantador y vestía con gusto, y Petrilla ocultaba sus cabellos bajo un gorro y no conocía la moda. Epílogo: ¡Matilde era todo, y Petrilla nada! La altiva bretona comprendía perfectamente aquel horrible poema.

—Buenas noches, hijita mía—le dijo la señora de Chargeboeuf con superioridad y con el acento que le comunicaba su remangada nariz.

Vinet llevó al colmo esta clase de injurias mirando á Petrilla y diciéndole en tres tonos:

—¡Oh! ¡oh! ¡oh! Petrilla, ¡qué hermosa estamos esta noche!

—¡Hermosa!—dijo la pobre niña.—No es á mí, sino á su prima á quien debe dirigir esa palabra.

—¡Oh! mi prima lo está siempre—respondió el abogado.—¿no es verdad, padre Rogrón?—añadió volviéndose hacia el dueño de la casa y dándole golpecitos en la mano.

—Sí—respondió Rogrón.

—¿Por qué hacerle decir lo que no siente? Nunca me ha encontrado de su agrado,—repuso Matilde poniéndose delante de Rogrón;—¿no es verdad? Míreme usted.

Rogrón la contempló de pies á cabeza y cerró poco á poco los ojos como un gato cuando le rascan la cabeza.

—Es usted demasiado guapa, y su presencia resulta peligrosa—dijo Rogrón.

—¿Por qué?

Rogrón miró los tizones del fuego y guardó silencio. En aquel momento entró la señorita Habert, seguida del coronel. Celesta Habert, que había pasado á ser el ene-

migo común, sólo contaba con el apoyo de Silvia; pero todo el mundo le guardaba tantas más consideraciones y finuras, cuanto que cada uno le minaba el terreno. De suerte que la joven permanecía indecisa entre aquellas pruebas de interés y la desconfianza que su hermano despertaba en ella. El vicario, aunque estaba lejos del teatro de la guerra, lo adivinaba todo. Así es que cuando comprendió que las esperanzas de su hermana estaban muertas, se convirtió en uno de los más temibles antagonistas de los Rogrón. Todo el mundo se imaginará en el acto á la señorita Habert, cuando sepa que si ésta no hubiese sido dueña y aún más que dueña de colegio, habría parecido siempre una maestra. Las maestras tienen una manera propia de ponerse las capotas. Así como las inglesas viejas han adquirido el monopolio de los turbantes, las maestras tienen el monopolio de las capotas: su montura domina á las flores, éstas son más que artificiales, y aunque guardada durante mucho tiempo en el armario, su capota es siempre nueva y siempre vieja, como el primer día. Estas muchachas hacen consistir toda su dicha en imitar á los maniqués de los pintores, y se sientan sobre sus caderas, en lugar de hacerlo sobre las sillas. Cuando se les habla vuelven de lleno todo el busto, en lugar de volver sólo la cabeza, y, cuando sus ropas crujen, se siente uno inclinado á creer que esta clase de mecanismo tiene estropeados los resortes. La señorita Habert, que era el ideal de este género, tenía la mirada severa, boca contraída, y bajo su barba plagada de arrugas, las cintas de su capota, descoloridas y arrugadas, iban y venían siguiendo sus movimientos. Le hacían alguna gracia dos lunares un poco salientes y morenos, adornados de cabellos que ella dejaba crecer, cual si fueran clemátides. Por último, tomaba tabaco, y lo hacía sin gracia.

Empezó la partida de *boston*. Silvia tenía enfrente á la señorita Habert, y el coronel estaba á su lado, delante de la señora de Chargebœuf. Matilde permaneció al lado de su madre y de Rogrón. Silvia colocó á Petrilla entre ella y el coronel. Rogrón preparó la otra mesa para el

caso de que se presentasen los señores Neraud, Cournant y su mujer. Vinet y Matilde sabían jugar al *whist* y formaban otra partida con el matrimonio Cournant. Desde que aquellas damas de Chargebœuf, como decían las gentes de Provins, iban á casa de los Rogrón, los dos quinqués brillaban en la chimenea entre los candelabros y el reloj, y las mesas estaban iluminadas con bujías de á dos francos la libra, si bien pagadas con lo que se sacaba para pagar las cartas.

—Vamos, Petrilla, toma tu labor, hija mía—dijo Silvia á su prima con pérfida dulzura, al ver que la niña miraba el juego del coronel.

Estando en público, la solterona trataba siempre muy bien á Petrilla. Este infame engaño irritaba á la leal bretona y le hacía despreciar á su prima. Petrilla tomó su bastidor; pero, mientras sacaba los puntos, continuaba mirando el juego de Gouraud. Éste tenía el aire de no saber si quiera que tuviese una muchacha á su lado. Silvia le observaba, y empezaba á juzgar excesivamente sospechosa aquella indiferencia. Hubo un momento en la velada en que la solterona llegó á interesarse por una pequeñez que se cruzaba á oros: el cesto estaba lleno de fichas y contenía, además, un franco treinta y cinco céntimos. Los Cournant y Neraud acababan de llegar. El anciano juez suplente Desfondrilles, á quien el ministerio de Justicia juzgaba con capacidad suficiente para ser juez interino, pero que no tenía nunca bastante talento cuando trataba de ser juez de plantilla, y que hacía dos meses que había abandonado el partido de los Tiphaine é ingresaba en el partido Vinet, se mantenía de espaldas á la chimenea, con los faldones de la levita levantados, y contemplaba aquel magnífico salón donde brillaba la señorita de Chargebœuf, pues parecía que su decorado rojo hubiese sido hecho expresamente para realzar las bellezas de esta hermosa joven. Reinaba el mayor silencio. Petrilla miraba como jugaban aquella insignificante cantidad, y la atención de Silvia había sido distraída por el interés de la jugada.

—Juegue usted esa—dijo Petrilla al coronel, indicándole oros.

El coronel empezó á jugar oros; los oros estaban entre Silvia y él, y el coronel robó el as; de modo que ganó.

—Esta jugada no vale. Petrilla ha visto mi juego, y el coronel se ha guiado por ella.

—Pero, señorita, el juego del coronel era jugar oros, al ver que es usted la única que los tiene.

Esta frase hizo sonreír al señor Desfondrilles, hombre astuto que había acabado por divertirse viendo el juego de ambiciones de Provins, donde desempeñaba el papel de Rigaudin de *La casa en rifa*, de Picard.

—Pero si este es el juego del coronel—dijo Cournant sin saber del juego que se trataba.

Silvia dirigió á la señorita Habert una de esas miradas atroces é hipócritas de solterona á solterona.

—Petrilla, usted había visto mi juego — dijo Silvia fijando sus ojos en su prima.

—No es verdad, prima.

—Yo les miraba á todos ustedes, y puedo asegurar que la pequeña no ha visto más que el juego del coronel—dijo el juez arqueólogo.

—¿Quién sabe?—dijo Gouraud asustado.—Las niñas saben mirar á veces con disimulo.

—¡Ya lo creo!—dijo Silvia.

—Sí, ha podido ver su juego para hacer una picardía—repuso Gouraud.—¿Verdad, hermosa mía?

—No—dijo la leal bretona;—soy incapaz de esto, y en todo caso me hubiera interesado por el juego de mi prima.

—Ya sabe usted que es una embustera, y además, una tonta—dijo Silvia.—¿Cómo ha de dar uno fe á sus palabras después de lo que ha pasado esta mañana? Es usted una...

Petrilla no dejó que su prima acabase la frase en su presencia, y adivinando un torrente de injurias, se levantó, salió sin luz y subió á su habitación. Silvia se puso pálida de rabia, y dijo entre dientes:

—¡Ya me la pagará!

—Bueno, entretanto, páguenos usted lo que ha perdido—dijo la señora de Chargebœuf.

En este momento, la pobre Petrilla dióse un golpe en la frente contra la puerta del corredor que el juez había dejado abierta.

—Así me gusta; ¡le está bien empleado!—exclamó Silvia.

—¿Qué le ocurre?—preguntó Desfondrilles.

—Nada que no merezca,—respondió Silvia.

—Me parece que se ha hecho daño,—dijo la señorita Habert.

Silvia se levantó para ir á ver lo que le había pasado á Petrilla, evitando así el pago de lo que había perdido; pero la señora de Chargebœuf la detuvo, diciéndole:

—No, no, primero páguenos usted, porque después no se acordaría.

Esta proposición, fundada en la mala fe que la ex mercera empleaba en sus deudas de juego, obtuvo una aprobación general. Entonces Silvia volvió á sentarse y no pensó más en Petrilla, sin que aquella indiferencia asombrase á nadie. Durante toda la velada, Silvia se mostró sumamente preocupada, y cuando el *boston* acabó, á eso de las nueve y media, se sentó en una poltrona cerca de la chimenea, y no se levantó más que para despedirse de sus contertulios. El coronel la torturaba, y ella no sabía qué pensar de él.

—¡Son tan falsos los hombres!—se dijo al quedarse dormida.

Petrilla se había dado un golpe atroz contra la puerta en la parte lateral de la cabeza, y al día siguiente la pobre niña presentaba en el lugar golpeado importantes equimosis.

—Dios la ha castigado á usted por haberme desobedecido y haberme faltado al respeto que me debe, no dándome oídos y marchándose sin dejarme terminar la frase,—le dijo su prima á la mañana siguiente.—No tiene usted más que lo que merece.

—Sin embargo,—dijo Rogrón,—sería necesario ponerle compresas de agua y sal.

—¡Bah! esto no será nada, primo—dijo Petrilla.

La pobre niña había llegado á ver una prueba de interés en la observación de su tutor.

La semana acabó con tormentos continuos, como había empezado. Silvia se hizo ingeniosa para el mal y llevó los refinamientos de su tiranía hasta los extremos más salvajes. Los caribes, los zulús, los mohicanos hubieran podido recibir lecciones de ella. Petrilla no se atrevió á quejarse de los vagos sufrimientos y de los dolores que sentía en la cabeza. El origen del disgusto de su prima consistía en el secreto relativo á Brigaut, acerca del cual guardaba Petrilla un silencio fácil de concebir, dada su testarudez bretona. Todo el mundo comprenderá ahora la mirada que la niña dirigió á Brigaut, á quien ella creía perdido si lo descubrían, y al que, por instinto, quería tener á su lado. ¡Qué alegría para ella poder ver á Brigaut! La presencia de su amigo de la infancia era comparable para ella á la presencia de la patria para el desterrado, y á la del cielo para el mártir, el cual, armado del poder de segunda vista, tiene la facultad de penetrarlo durante los ardores del suplicio. La última mirada de Petrilla había sido tan perfectamente comprendida por el hijo del mayor, que éste, al mismo tiempo que cepillaba los tablones, abría el compás, tomaba medidas y ajustaba maderas, se devanaba los sesos para buscar un medio de comunicarse con Petrilla. Brigaut acabó, pues, por urdir la siguiente maquinación de excelsiva sencillez: á cierta hora de la noche Petrilla echaría un bramante, al extremo del cual podría él atar una carta. En medio de los horribles sufrimientos que causaba á Petrilla su doble enfermedad, consistente en un foco de supuración que se le formaba en la cabeza y el desarréglo de su naturaleza, estaba sostenida por el pensamiento de comunicarse con Brigaut. Un vivo deseo agitaba á aquellos dos corazones, que hasta separados se entendían. A cada insulto que le llegaba al corazón, y á cada dolor de cabeza, Petrilla se decía: «¡Brigaut está aquí!» y entonces sufría sin quejarse.

El primer día de mercado que hubo después de su pri-

mer encuentro en la iglesia, Brigaut acechó á su amiguita. Aunque la vió temblorosa y pálida, cual hoja de noviembre próxima á caer de la rama, el bretón, sin perder la serenidad, se fué á comprar fruta á la verdulera que proveía á la terrible Silvia. De este modo pudo entregar una carta á Petrilla con tanta sangre fría, á pesar de que la sangre se le agolpaba al corazón y parecía próxima á saltar de sus arterias, que Brigaut parecía no haber hecho otra cosa en su vida. Exteriormente, ostentó la resolución del hombre más decidido, mientras que interiormente sentía los temblores de la inocencia, semejantes en un todo á los que sufren ciertas madres en sus crisis mortales. Petrilla sintió los vértigos de Brigaut y guardó la carta en el bolsillo del delantal. Las placas de sus mejillas adquirieron el color rojo cereza propio de las emociones violentas. Aquellos dos niños experimentaron mutuamente, y sin saberlo, sensaciones poco comunes. Aquel momento les dejó en el alma un manantial vivo de emociones. Silvia, que no conocía el acento bretón, no podía ver un enamorado en Brigaut, y Petrilla volvió á su casa con su tesoro. Las cartas de estos dos pobres niños debían servir de piezas de cargo en una causa judicial, y á no haber sido por esta circunstancia, nunca hubieran sido conocidas. He aquí, pues, lo que Petrilla leyó por la noche en su cuarto:

«Mi querida Petrilla: A las doce de la noche, á la hora en que todo el mundo duerme, yo velaré por ti y estaré todas las noches debajo de la ventana de la cocina. Tú puedes echar por tu ventana un bramante bastante largo para que llegue hasta mí, lo cual no producirá ruido, y atas á él lo que quieras escribirme. Yo te responderé por el mismo medio. He sabido que esos miserables parientes que debían hacerte tanto bien y que te causan tanto daño, te han enseñado á leer y á escribir. ¡Tú, Petrilla, hija de un coronel que murió por su patria, reducida por esos monstruos á trabajar en la cocina!... He ahí la causa de que hayas perdido tus hermosos colores y tu magnífica salud. ¿Qué ha sido de mi Petrilla? ¿qué han hecho de ella?

»¡Ah! ¡cuán claramente veo que no estás á gusto! ¡Oh Petrilla, volvamos á Bretaña! Yo puedo ganar lo suficiente para mantenerte: podré darte tres francos diarios, pues gano cinco y con dos tengo bastante para mí. ¡Ah! ¡Petrilla, cuánto he rogado á Dios por ti desde que volví á verte! Le he rogado que me causase á mí tus sufrimientos y que compartiese contigo mis placeres. ¿Por qué estás con ellos y por qué te guardan? Tu abuela es para ti más que ellos. Esos Rogrón son muy malvados y te han quitado la alegría. Tú ya no andas en Provins como andabas en Bretaña. Volvémonos á Bretaña, que yo estaré allí para servirte, para hacerte los recados y para que me digas lo que quieres. Si necesitas dinero, yo tengo sesenta escudos, y tendré el dolor de enviártelos por medio del bramante, en lugar de besar con respeto tus queridas manos al depositarlos en ellas. ¡Ah! ¡Petrilla querida! ¡cuánto tiempo hace que el cielo está obscuro para mí! Desde que partiste en aquella malhadada diligencia no he tenido dos horas de placer, y cuando te volví á ver como á una sombra, turbó nuestra dicha esa bruja de parienta. En fin, tendremos el consuelo de rogar juntos á Dios todos los domingos, y acaso Él nos dé oídos. No te digo adiós, querida Petrilla: hasta esta noche.»

Esta carta conmovió de tal modo á Petrilla, que permaneció más de una hora leyéndola y mirándola; al cabo de la cual pensó que no tenía nada para escribir. En vista de esto, emprendió, pues, el difícil viaje de su buhardilla al comedor, donde podía encontrar pluma, tinta y papel, y lo llevó á cabo sin haber despertado á su terrible prima. Algunos instantes antes de las doce de la noche, la desgraciada niña había escrito esta carta, que también fue presentada en el proceso:

«¡Oh! sí, amigo mío, porque sólo tú y mi abuela me amáis en el mundo. ¡Que Dios me lo perdone! pero también sois vosotros dos los únicos á quienes amo por igual. Era demasiado pequeña para haber podido conocer á

mi madre; pero á ti, Jacobo, y á mi abuela, y también á mi abuelo, que en el cielo esté, pues sufrió bastante el pobre con su ruina, que fué la mía; en fin, á vosotros dos que habéis quedado, os amo tanto cuanto soy desgraciada. Para conocer cuánto os amo, sería preciso que supieseis lo que sufro, y esto no deseo que lo sepáis, porque os causaría demasiada pena. ¡Me hablan como si fuera un perro, me tratan como á la última criada, y en vano examino las faltas de mi conciencia, cual si estuviera ante Dios, pues no me encuentro ninguna! Antes de que tú me cantases la canción de las casadas, yo reconocía la bondad de Dios en mis dolores, porque como me rogaba que me sacase de este mundo y me sentía muy enferma, me decía: «¡Dios me oye!». Pero puesto que tú estás aquí, quiero que nos vayamos á Bretaña á buscar á mi abuela que me ama, aunque ellos digan que me robó ocho mil francos. Brigaut, si este dinero es mío, tú puedes tenerlo, ¿verdad? Pero, ca, son mentiras, porque si tuviésemos ocho mil francos, mi abuela no estaría en San Jacobo. No he querido turbar los últimos días de aquella mujer con el relato de mis tormentos, porque la harían morir. ¡Oh! ¡si ella supiese que hacen fregar los platos á su nieta, ella que me decía: «Deja eso, monina mía», cuando en su desgracia quería yo ayudarla; «deja, deja, cielo mío, porque te estropearás las manitas!» ¡Ah! hoy sí que tengo las uñas limpias. La mayor parte de las veces no puedo traer el cesto de la plaza porque me cansa el brazo. Sin embargo, no creo que mis primos sean malos; pero tienen la manía de reñir, y al parecer ya no puedo alejarme de ellos, porque mi primo es mi tutor. Un día en que quise escaparme y en que se lo dije á ellos, mi prima me respondió que la gendarmería iría detrás de mí, puesto que la ley amparaba á mi tutor. No obstante, yo bien comprendí que los primos no reemplazan á nuestros padres, del mismo modo que los santos no pueden reemplazar al buen Dios. ¿Qué quieres, pues, que haga yo de tu dinero, pobre Jacobo? Guárdalo para nuestro viaje. ¡Oh! ¡cuánto he pensado en ti y en Pen-Hoel

»y en aquel gran estanque! Allí fué donde gozamos nues-
 »tras únicas dichas, y digo únicas, porque me parece que
 »voy á acabar mal. ¡Estoy muy enferma, Jacobo! Siento
 »horribles dolores en la cabeza, en las manos y en la espal-
 »da, y además un no sé qué en los riñones que me mata, y
 »no tengo apetito más que para porquerías, como raíces y
 »hojas. Finalmente, me gusta sentir el olor de los papeles
 »impresos. Hay momentos en que lloraría si estuviese
 »sola, pero no me dejan hacer nada á mi gusto, y ni per-
 »miso tengo siquiera para llorar. Tengo que esconderme
 »para ofrecer mis lágrimas á Aquél que nos concede estas
 »gracias que nosotros llamamos aflicciones. ¿No ha sido
 »Él quien te ha sugerido la idea de venir á cantar bajo mis
 »ventanas el canto de las casadas? ¡Ah! Jacobo, mi prima,
 »que te ha oído, me dijo que yo tenía un amante. Si quie-
 »res ser mi amante, ámame mucho; yo te prometo amarte
 »siempre como cuando éramos niños y ser tu fiel ser-
 »vidora.

»PETRILLA LORRAIN.

»Tú me amarás siempre, ¿verdad?»

La bretona había cogido de la cocina una corteza de pan á fin de dar aplomo al hilo, y había hecho en ella un agujero para meter la carta. A las doce de la noche, después de haber abierto con excesivas precauciones la ventana, bajó la carta y el pan, que no podía hacer ningún ruido rozando la pared con las persianas, y sintió que Brigaut cogía el bramante, lo rompía y se alejaba después á paso de lobo. Cuando el bretón estuvo en medio de la plaza, Petrilla pudo verle indistintamente á la claridad de las estrellas, mientras que él la contemplaba en la zona luminosa de la luz proyectada por una bujía. Aquellos dos niños permanecieron así durante una hora: Petrilla haciéndole seña de que se fuese; él marchando, quedándose y volviendo después á ocupar su puesto, y Petrilla recomendándole de nuevo que se alejase. Esta maniobra tuvo lugar muchas veces, hasta que la pequeña cerró la ven-

tana, se acostó y apagó la vela. Una vez en la cama, se durmió feliz, aunque enferma, pues tenía la carta de Brigaut debajo de la almohada. La huérfana durmió como duermen los perseguidos, con un sueño embellecido por los ángeles, con ese sueño de atmósferas de oro llenas de arabescos divinos, entrevistos y reproducidos por Rafael.

La parte moral ejercía tanto imperio sobre aquella delicada naturaleza física, que al día siguiente Petrilla se levantó gozosa y ligera, radiante y alegre como una golondrina. Un cambio semejante no podía pasar desapercibido para los ojos de su prima, la cual, en lugar de reñirla, se puso á observarla con la atención de una urraca. «¿Cuál será la causa de su alegría?» pensaba la envidiosa y tiránica solterona. Si el coronel no hubiese ocupado á Silvia, ésta habría dicho á Petrilla como otras veces: «Petrilla, es usted muy atolondrada y se preocupa muy poco de lo que le dicen»; pero, en aquella ocasión, la solterona resolvió espíar á Petrilla como saben hacerlo las solteronas. Aquel día fué sombrío y mudo como el momento que precede á la tormenta.

—¿Ya está usted buena, señorita?—le dijo Silvia á la hora de comer.—¡Cuando yo te decía que hace todo eso para atormentarnos!—exclamó Silvia dirigiéndose á su hermano sin esperar la respuesta de Petrilla.

—Al contrario, prima, tengo una especie de fiebre...

—¿Fiebre de qué? ¡Está usted alegre como un pinzón! ¿Ha vuelto usted acaso á ver á alguien?

Petrilla tembló y fijó los ojos en su plato.

—¡Hipócrita!—exclamó Silvia.—¡A los catorce años! ¡Vaya unas disposiciones! ¿Se propone usted ser una desgraciada?

—No sé de qué me habla usted—repuso Petrilla levantando sus hermosos y brillantes ojos negros y fijándolos en su prima.

—Hoy se quedará usted trabajando en el comedor con una vela—le dijo Silvia.—Está usted de más en el salón, y no quiero que mire más mi juego para aconsejar á sus favoritos.

Petrilla no pestañeó.

—¡Disimulada!—exclamó Silvia al salir.

Rogrón, que no comprendía las palabras de su hermana, dijo á Petrilla.

—Pero ¿qué tenéis las dos? Mira, Petrilla, procura dar gusto á tu prima, que se muestra indulgente y buena, y que si está enfadada contigo, sin duda será por culpa tuya. ¿Por qué disputáis? A mí me gusta vivir tranquilo. Mira á la señorita Matilde; así debías ser tú.

Petrilla podía soportarlo todo, puesto que Brigaut iría, sin duda, á las doce de la noche á llevarle una respuesta, y esta esperanza constituía para ella el viático de la jornada; pero la pobre mártir agotaba sus últimas fuerzas. Petrilla no durmió, y permaneció de pie oyendo sonar las horas en los relojes y temiendo hacer ruido. Por fin, al dar las doce, abrió poco á poco la ventana y echó una cuerda que había hecho ella misma atando unos á otros varios pedazos de bramante. Petrilla había oído los pasos de Brigaut, y cuando retiró la cuerda leyó la siguiente carta, que la colmó de alegría:

«Mj querida Petrilla: Si tanto sufres, no necesitas cansarte tanto en esperarme, pues ya te avisaré mi presencia gritando como los chuanes. Afortunadamente, mi padre me enseñó á imitar su grito. Lo repetiré tres veces para darte á entender que estoy aquí y que tienes que echarme la cuerda; pero no vendré hasta dentro de algunos días. Espero comunicarte una buena noticia. ¡Oh! Petrilla, ¡morir!... ¿sabes lo que dices? Esta sola idea ha hecho estremecer mi corazón de un modo que creí morir. No, Petrilla mía, tú no morirás, sino que vivirás feliz y te hallarás libre en breve de tus perseguidores. Si yo no saliese airoso en mi empresa para salvarte, iría á hablar á la justicia, y diría á la faz del cielo y de la tierra la manera que tienen de tratarte tus indignos parientes. Estoy seguro de que sólo te quedan algunos días de sufrimiento: ten, pues, paciencia, Petrilla. Brigaut vela por ti como en el tiempo en que recorríamos juntos el estanque y en

que te saqué del pozo en que los dos estuvimos á punto de morir. Adiós, mi querida Petrilla. Si Dios quiere, dentro de algunos días seremos felices. ¡Ay de mí no me atrevo á decirte la única cosa que podría oponerse á nuestra unión. ¡Pero Dios nos protege! Dentro de algunos días podré, pues, ver á mi querida Petrilla en libertad, sin sufrir, sin que me impidan mirarla, porque ¡qué hambre tengo de verte, á ti, que te dignas amarme y decirme! Sí, Petrilla, yo seré tu amante; pero cuando haya ganado la fortuna que tú te mereces, y hasta entonces no querré ser para ti más que un fiel servidor, de cuya vida puedes disponer. Adiós.

»JACOBO BRIGAUT.»

He aquí lo que el hijo del mayor no decía á Petrilla. Brigaut había escrito la siguiente carta á la señora Lorraine:

«Señora: Su nieta va á morir víctima de malos tratamientos si usted no viene á reclamarla; me ha costado trabajo conocerla, y para que usted misma pueda juzgar las cosas, le remito adjunta la carta que he recibido de Petrilla. Pasa usted aquí por tener la fortuna de su nieta, y usted debe destruir esta acusación. En fin, si puede, venga pronto, que aun podemos ser felices; y si tarda, sepa que encontrará muerta á su Petrilla.

»Soy de usted afectísimo servidor,

»JACOBO BRIGAUT.

En casa del señor Frappier, carpintero, calle Mayor, Provins.

Brigaut temía que la abuela de Petrilla hubiese muerto. Aunque la carta de aquel á quien ella, en medio de su inocencia, llamaba su amante, le pareciese un enigma, le prestó fe. Su corazón experimentó la sensación que sienten los viajeros del desierto al ver las palmeras en torno del pozo. Brigaut le decía que en pocos días cesaría su desgracia, y ella durmió confiada en la promesa de su